

Preview requiem por un maldito

JAIME ROMAN COLLADO SARTO



Capítulo 1

Gracias Requiems, como algunos me estais preguntando por la novela porque en varios sitios esta agotadisima os dejo el enlace oficial

<http://www.celebreeditorial.es/producto/requiem-por-un-maldito/>.

Y ahora a seguir escribiendo. Sois geniales.

PRELUDIO

Quedó el anciano fabulador ensimismado, mirando el vacío a merced de los delirios de su mente. Sus cansados ojos trataban de vislumbrar, a través de los deteriorados anteojos, los designios insondables de sus infelices marionetas, las cuales cobraban vida a través de la negra pluma.

El destartalado candil, bañado con una ínfima capa de dorado, trataba duramente de abarcar con su haz el máximo campo, robando a la oscuridad porciones negras para dotarlas de transparencia. Las cansadas posaderas del viejo se revolvían en la trenzada silla, la cual sufría de la inexorable bulimia de la carcoma, que daba como resultado un nervioso bailoteo de una de las sufridas patas. Miró el hombre al exterior y, tras el viento y la nieve, veía cómo se tornaban amarillas porciones en el opaco horizonte, a la vez que grisáceos humos se colgaban en las infinitas estrellas. Una pícara ventolera movió las hojas aquejadas de cirrosis, pues tal aspecto presentaban.

Un ademán nervioso paró el brusco baile y los gorgoteos azulados fueron dando forma al folletín.

Mientras el cuentista se subía las gafas, acabado ya su peregrinar por los fastos mundos de la novela, se levantó y cogió su viejo sombrero y el

raído abrigo, para después enrocarse la descolorida bufanda. Sopló bruscamente la vela para luego, en tinieblas, tomar los legajos escritos y salir en busca de la buenaventura. Bajó la gélida calle de un mar blanco, que envolvía los tizones habitados que se asemejaban a casas. Caminaba dejando los surcos de su existencia en la nieve y paró en un lugar donde el vaho empañaba las ventanas y el monótono movimiento de un cartel anunciaba la grasienta taberna.

Empujó la fría puerta y una corriente, pastiche de humo y gente, le abrazó rodeándole con sus fuertes efluvios. En sus mesas de mármol yacían apostados los clientes, curiosos unos e indiferentes otros, mientras solo unos pocos estaban receptivos ante la llegada del hombre. Era tiempo de dar vida a los seres monótonos, dándoles por un momento la compañía de sus hijos, para que se entremezclasen entre el tabaco y el alcohol. Se acercó a la barra y saludó cortésmente al enjuto tabernero y su gracioso bisoñé; tras él desfilaban esencias divinas, pacientes en sus alambiques, esperando librarse de sus crisálidas, aunque fuese en pequeñas medidas.

Alguien llamó al escritor y levantó la mano con señal de aprobación.

Al recibir la señal, sonrió tristemente y dijo: —¡Un café, por favor!

Este era el precio de sus parientes, producto de él y de un amor desafortunado hacia las musas, esa era la manera que debía pagar en el final de su vida para pasar el período invernal; dando a cada cliente parte de su ingenio a cambio de un café caliente, rondando cada lugar de alterne para no acabar aterido y poder seguir contando historias, ya que era la voz de la prosa hecha vagabundo

Esta historia es como otra cualquiera; triste, alegre o trágica.

Siempre el mundo se ha hecho de historias contadas por viejos fabuladores de pelo cano y arrugadas manos. De piel curtida por el imparable paso del tiempo.

Arraigados en sus sillas, en las noches de verano. Bajo el canto de castos monjes, sumergidos en su cotidiana tarea. Es la sucesión de un día tras otro, un fiel reflejo del anterior. En una convivencia enclaustrada en la más tediosa vivencia, sin el más mínimo ápice de renovación. Guardando forma y contenido, como valioso tesoro impasible ante los nuevos amaneceres. Transcurriendo cada paso de forma rítmica, como una vieja máquina que no se resigna a morir.

Pero como todo en la vida, aquí se halla un negro pasado casi olvidado, pero latente en el éter de esta majestuosa abadía; nadie lo ignora, pero hacen como si en cada amanecer muriese de nuevo tan lúgubre herencia.

El tiempo da paso a otro tiempo y este, a su vez acumulado, impregna de magna historia, disfrazando los hechos luctuosos en épicos o en anécdotas que se convierten en leyenda inventadas por los lugareños de la época ante su gran ignorancia.

Historias que van desde que el sitio fue un complejo fúnebre prehistórico dotado de gran energía, hasta que era uno de los lugares por donde se accedía al infierno.

La carretera era un fino trazo que marcaba el final. Una hermosa bestia negra se dirigía rauda hacia su destino. Era un Rolls Corniche Special. Bello, lujoso y elegante; todos los adjetivos eran pocos para aquella máquina, solo accesible para unos pocos elegidos.

Ante los demás coches era como un señor ante sus vasallos, los cuales se apartaban para darle paso en señal de respeto y admiración.

Quizás el exterior no era como el interior porque dentro había dos hombres, dos generaciones y dos formas de ver la vida. Las dos de modo contrapuesto pero, en este caso, se invertían los papeles. Lo aceptaban, aunque no de muy buen grado. El más joven jugueteaba nervioso con un rosario. Alto y delgado, de facciones suaves y tez pálida. Ojos negros y graciosas gafas redondas que culminaban en una nariz respingona. Pelo negro azabache, engominado hacia atrás, no veía el momento de llegar, porque ya estaba preparado con su sayo blanco, que lo convertiría en novicio.

Su felicidad pugnaba con el disgusto que le había dado a su padre. Hombre relativamente mayor, aunque por su edad parecía joven. Delgado, aunque algo entrado en carnes, rostro serio y barba bien cuidada. Elegantemente vestido con un traje hecho a medida de Phillips & Lloyd.

No entendía la decisión de su hijo. Sus antecesores habían sido como él, empresario desde hacía tanto tiempo que no se sabía quién empezó el negocio. Era dueño de una gran empresa que había empezado de la nada y ahora su único hijo, que era varón, quien podía darle un heredero, era un siervo de Dios. Al contrario, su hijo palpitaba cada metro que se acercaba a su casa, se emocionaba al recordar cuántas veces había suspirado con este momento y al fin había llegado; era casi un estado de éxtasis. El coche tomó la curva y deceleró, y allí estaba, hermosa, majestuosa e imponente. No sabía si reír o llorar al pensar que él iba a ser uno de los muchos que desde hacía tiempo servían a la orden. Al llegar al porche de la abadía, el caballo negro relinchó y detuvo su cuerpo metálico. Alocadamente, un hombre salió de su interior y paseó su vista por los alrededores. Miró al cielo para dar las gracias y unas nubes negras taparon el sol, no pudo evitar sentir cierto escalofrío, porque un mal fario

recorrió su cuerpo.

Solo fue un instante, porque al momento la luz salió y bañó sucara. Regocijándose, se despidió de su padre, el cual no bajó del coche, dedicándole un frío saludo. Mientras, el joven fue directamente a la entrada, subiendo los ancestrales peldaños de dos en dos, para después entrar pausadamente en el interior de la iglesia, no sin antes deleitarse con el pórtico de la entrada, realizado con hermosas figuras apostólicas, reproduciendo en piedra con escrupulosa minuciosidad escenas jocosas o grotescas de su trivial mundo cotidiano, así como las maravillas que habían provocado su asombro, seguramente por un escultor anónimo. Empujó con suavidad el pequeño portón y, una vez dentro, se sintió como si allí no pasase el tiempo; todo era silencio y paz. Casi de puntillas, anduvo por el pasillo sin hacer ruido, observando los tesoros que aglutinaba desde los ábsides y que mostraban, con sus escudos heráldicos, grandes gestas y señores feudales. A sus lados, tiernas reproducciones de santos y motivos religiosos. Todo ello culminado con sus rosetones y vidrieras, que daban un aire casi angelical a la estancia.

Embelesado, se dirigió hacia la sacristía a ver si encontraba al padre mayor. Vio una puertecilla debajo del retablo y entró por ella.

Pero esta solo daba a un pequeño cuarto en desuso que estaba vacío y solo colgaba un viejo cuadro de medianas dimensiones, que quedó observando durante un instante. Representaba a unos demonios que tenían asido a un monje horrorizado, mientras al lado de esta escena había una pequeña habitación con una imagen de un rey con aspecto demoníaco que se asemejaba a Lucifer, y un orondo monje a sus pies.

No acertaba a adivinar qué quería interpretar el artista, como tampoco le interesaba mucho. Salió del cuarto en busca de la sacristía. En su búsqueda encontró a un hombre de espaldas, regordete y calvo

-Perdone, ¿me podía decir dónde puedo encontrar al padre mayor? —dijo algo perdido.

El hombre se giró, no sin cierta dificultad, y sonrió diciendo: —Creo que ya me ha encontrado. ¿En qué puedo servirle?

El rechoncho hombre, con cuatro pelos raídos que coronaban su cabezota, tenía unos ojos negros vidriosos que parecían sin vida desde hacía tiempo. Y una mirada que no tenía humanidad, aunque lo intentase disimular. Su fea y gorda cara era un mundo arrugado.

Quedó sorprendido por tener cierto parecido con el tipo arrodillado del cuadro. En cierta manera tenía su gracia. El joven se presentó:

—Soy Harold Burton. Uno de los novicios...

—¡Ah, sí! —replicó el otro—: Le estábamos esperando.

-Acompáñeme al edificio donde se encuentran los dormitorios, para que se acomode y deje la bolsa —acabó de apostillar tras una pausa.

Se dirigían a la calle cuando entraron dos hombres. Nada más verlos, le entró un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, a pesar de que no los conocía de nada y jamás los había visto. Eran altos y delgados, de pelo negro, perfectamente peinados y tez morena. Sus miradas tenebrosas eran sus tarjetas de visitas, junto a sus vestimentas, que allí pasaban desapercibidas porque eran trajes totalmente negros. En sus pechos lucían sendas cruces pequeñas de plata. Lo que resultaba normal, pero había algo que no le acababa de encajar. Solo quería alejarse de allí lo más rápido posible. Pareció que sus deseos se vieron cumplidos cuando el padre le exhortó a que esperase fuera. Una vez dicho esto, el joven apresuró el paso y se dirigió con gran celeridad a la salida. Una vez allí, encontró a otro novicio que paseaba y le preguntó si sabía dónde se encontraban las habitaciones. Este asintió con la cabeza y le acompañó a donde estaba el padre Dumás, que era el encargado de asignar las habitaciones a los recién llegados.

Allí, en el vestíbulo, habló con el padre Dumás. Persona afable y cariñosa donde las haya. De mirada cansina y pelo cano; un servidor dispuesto a ayudar a todos. Llegaron al sencillo vestíbulo, que se componía de una vieja barra de madera, encima de cual se hallaba un vetusto teléfono, detrás unos compartimentos para guardar la escasa por no decir ninguna correspondencia personal que se recibía.

Dumás le dio una pequeña llave para que fuese a su cuarto.

—Toma, aquí tienes tu llave, para que te vayas a tu cuarto. Aunque no lo creas, el recogimiento es muy importante y, a veces, es mejor estar bajo llave para no ser molestado.

—Me parece muy bien padre —asintió el joven—: ¿Podría decirme dónde está la biblioteca?

—Faltaría más, hijo. Sales del vestíbulo y sigues ese pasillo; a mano derecha verás una gran sala llena de libros, pues esa es.

—Gracias, padre. Una vez informado de la ubicación, subió a su cuarto, que se hallaba en el ala este, lo que significaba que, por la mañana, recibiría la visita del astro rey. El mobiliario era sencillo y funcional, un armario, una cama con mesilla y un pequeño escritorio, todo demadera,

bastante vieja pero bien cuidada, y en inmejorable estado.

Todo ello coronado por un Cristo encima de la cama.

Realmente no era el Palace, pero no se amilanaba por ello, ya que era lo que quería; aunque claro, toda su vida estuvo, hasta entonces, llena de comodidades. Muebles lujosos y todos los caprichos que quiso, pero así no era feliz, atado a cosas materiales; su vida era esta. Se acercó a la vieja ventana y miró fuera. Se sintió como una abeja en una colmena en aquel cuadrado edificio de ladrillo lleno de ventanales. Como no tenía prisa para hacer sus labores, se dio un baño en la minúscula ducha que disponía de un obsoleto lavabo y, una vez bien aseado, bajó a la biblioteca, en la que no había nadie.

Los immaculados copos de nieve caían incesantemente en aquella tarde de diciembre. Más bien parecía que se persiguiesen unos a otros en una loca carrera hacia ningún sitio. La ingrata climatología invitaba a permanecer en el interior de aquella recogida abadía. Esta se hallaba situada en un paraje abrupto y monótono.

Ya quienes la fundaron debían buscar la paz y la oración por los siglos de los siglos. Aunque se hallaba en un sitio tan perdido, no por ello dejaba de ser hermosa, a pesar de su gran antigüedad. Tenía forma de cruz; en su frontal destacaba una gran torre culminada por un pequeño campanario. Abajo, un gran portón daba la bienvenida a sus moradores.

Dicha entrada estaba esculpida en piedra, sufriendo por el paso del tiempo la erosión, como la mayoría de la obra. Las grandes puertas de madera, sufridas indeciblemente por lo agreste del lugar, a veces se hinchaban de manera exagerada. A ambos lados de la casa, se veía flanqueada por otras torres, donde la parte inferior estaba colmada de arcos hasta la otra esquina del edificio. En la parte media, unos hermosos ventanales con sus correspondientes dinteles y en el tejado se le unía una pequeña casita, también de piedra, que se encontraba anexa. Todo ello coronado por un hermoso manto blanco que daba cierto sabor a postal navideña.

En la biblioteca se hallaba el joven, absorto, mirando cómo nevaba entre libros, legajos, códices y pergaminos, tan antiguos que algunos se podían deshacer entre las manos. Había algunos enormes que eran de canto, con sus hojas de piel de ternera, y otros pequeños de pulpa. Todo aquello que servía para la oración y el estudio lo podías encontrar sin ninguna dificultad. Aquí se hallaban reunidos los que iban a ser los próximos mensajeros de la palabra divina, quienes iban a confirmarse como futuros sacerdotes, igual que él, sintió desde muy joven la llamada; se sentía comprometido y quería ayudar a los demás en la medida de lo posible, aunque significase perder todas las citas con sus amigos. Después de repasar toda la bibliografía que descansaba sobre los estantes, aquel maremágnum de cultura que enriquecía aquella magna sala, no encontró

nada sobre la historia de la abadía y aún menos sobre sus tesoros artísticos, lo cual llenó de indignación al joven; no comprendía cómo era posible que no hubiese nada de nada sobre ese sitio. Salió de allí furibundo y buscó rápidamente a Dumás, el cual se hallaba tras la barra, la misma donde lo había conocido. Al llegar a su altura le preguntó:

—Padre, ¿dónde puedo encontrar información sobre este lugar?

—Yo que tú no buscaría nada de este lugar.

—¿Por qué? —preguntó perplejo.

—Digamos que no es éticamente correcto.

Mientras decía esto, Dumás se fue alejando con paso cansino. El joven esperó a que el padre se fuese y aprovechó ese momento, en que no había nadie, para hablar por teléfono. Empezaba a ver cosas que no entendía y eso le intrigaba.

Sin duda era una de las zonas más florecientes de la ciudad, aunque también hay que decir que aquí solo podía vivir gente con rentas desahogadas y de cartera emergente. Era una urbanización de preciosa factura y hermosos parajes con ladrillo de caravista, 500m², parcela vallada, varios dormitorios, salón con chimenea, cocina amueblada, aire acondicionado...

Vamos, que no se echaba nada a faltar. Pero lo más interesante de esto es que uno de los inquilinos, por llamarlo de alguna manera, era el dueño de la villa "Thems", dando así nombre a esta casa, homenajando a un clásico de serie B de los 50. Y no es que aquí no hubiese gente importante como políticos, actores o personas de la vida pública. Pero Clive Wells era un famoso escritor de novelas de género fantástico. Hacía veintidós años que escribió su primera novela, "Beasts", un libro que revolucionó el género británico de terror y estableció al ejecutivo publicitario de éxito, de treinta y pocos años, como el escritor más vendido del país. Desde entonces, había escrito diecisiete best seller, además de una novela gráfica, un libro de fotografías y una novela corta.

Clive está trabajando en su próximo libro, "451", una historia alternativa de aventuras fantásticas, situadas en el Londres de posguerra, despoblado este por una arma secreta alemana. Sentado en una silla plegable que lleva su nombre, regalo de la editorial, estaba allí, en el estudio, rodeado

por veinte años de escribir terroríficas historias. Era el cubil de Clive, el sanctasanctórum pulcramente ordenado, cuyas paredes blancas estaban recubiertas con portadas enmarcadas, dibujos a tinta e incluso algún recorte del Times, mostrando sus libros en el primer lugar en la lista de ventas. Aquí no hay fotos de Clive y su familia, porque es evidente que este es el santuario a la obra antes que al hombre. Es un escritor de renombre, en guerra con sus críticos y a menudo con sus editores, pero hoy parece cómodo detrás de su escritorio, con la informal camisa de cuello abierto, las zapatillas de deporte y los pantalones de estar por casa. Comodidad ante todo.

El teléfono empezó a sonar con gran escándalo, como si fuese portador de emergencias.

—¡Ya va!, ¡ya va! —chilló de mal talante—: ¡Que no me voy!, ¡que estoy aquí!.

Tomó el auricular y se sorprendió de oír la voz del otro extremo.

Le traía recuerdos de cuando el otro interlocutor le pedía que le contase historias para dormir por la noche. Se alegró mucho. Hacía tiempo que no sabía nada de él. Aunque no desconocía sus intenciones y sueño de ser sacerdote.

—¡Hombre, si es su santidad! —dijo en broma, pero, al oír la voz del joven, cambió de semblante, se tornó serio y preocupado.

—Necesito que me hagas un favor —le dijo el muchacho.

—Lo que necesites —contestó el hombre.

—A ver si puedes conseguirme información sobre la abadía de Cluny.

—Está bien, con lo que consiga te mandaré un mensajero y, además, me viene de perlas para mi trabajo. Ten cuidado, ¿vale?.

-Hasta luego.

Sin embargo, otra persona también estaba interesada en la conversación.

Esta se hallaba acompañada de sus dos acólitos. Los dos perfectamente vestidos y aseados. Ambos observaban a su amo sin decir nada, hasta que, después de un instante, uno de ellos empezó a rumiar.

—¿Quiere que actuemos?

—No, déjalos que se confíen; jugaremos al gato y al ratón —decía

mientras se mesaba los cabellos.

—Tranquilos, llegará vuestro momento, no desesperéis en balde, que toda sed será saciada —matizó.

Sonreía complacido, con tal placer que no cabía de gozo ¡Qué hermosos momentos se acercaban! ¡Cuán larga espera iba a acabar! Como un halcón tras su presa, saboreaba cada momento de esta liza entre dos poderes que, lejos de aplacarse, crecían en odio.

Ambos hombres se miraron conectando una sola idea. La bestia innata que llevaban dentro, metida en sus venas. Imaginando el olor de la sangre caliente entre sus bocas. Bebiendo tan exquisito licor, la emoción de tener en sus garras esa presa llena de terror. Sintiendo lobos en pos de una víctima inocente. Les excitaba de tal modo que tuvieron que abandonar la estancia y salir al aire libre, para sentirse más en contacto con el ambiente salvaje. Con ese páramo agreste y puro. Viendo que cuando llegase el día, la piedad moriría en forma de hombre.

A pesar de las épocas transcurridas, ellos seguían era oriundos de este lugar. Una raza que se compenetra perfectamente con su cometido, el de tomar almas vitales de sus donantes para su cruzada. Eran los emisarios de una nueva era, que cada vez se hallaba más próxima. Como decían los antiguos, los tiempos de caos y apocalipsis se aproximaban inexorablemente y esto les regocijaba en gran medida.

Dumás venía de la biblioteca, resoplando con aire ensombrecido.

En sus manos traía un libro de coloridas tapas, en las cuales se podía leer en letras rústicas y negras: "Abadías y monasterios de Europa".

Por suerte, Harold acababa de terminar de hablar por teléfono y miraba abstraído el techo. El anciano le devolvió a la realidad.

—He encontrado este libro casi por casualidad, creí que ya no existía, pero hemos tenido suerte. Estaba casi escondido detrás de los grandes tomos, espero que te sirva.

Arrebatándole el libro, lo cogió de tal manera que hizo tambalear al anciano, que evitó caer aferrándose a la barra, sorprendiendo al infeliz.

Buscó ávidamente el índice y, una vez hallada la página, la buscó de igual forma. Pero al llegar a esta, fue grande su decepción; algún desaprensivo había arrancado de cuajo las hojas que buscaba.

Dejó el tomo en la barra y se marchó pidiendo disculpas.

Era un día nublado y el sol asomaba tímidamente entre las nubes, acariciando con suavidad la ciudad. Clive había estado toda la mañana ocupado con el recado, no le había sido difícil, pues siendo un reputado escritor, era cliente asiduo y apreciado en muchas, por no decir en todas, las librerías. Atrás quedaban los tiempos duros en que era un joven escritor desconocido por la mayoría. Aprovechando los tiempos muertos para escribir y documentarse, mandando a varias editoriales, probando suerte. Qué época más difícil y, a la vez, bohemia, donde la inocencia no sucumbía a la riqueza y la fértil imaginación no moría en las listas de ventas y en campañas de marketing. Explayándose en ricos cuentos en la vasta farándula del universo escrito, en las interesantes e increíbles elucubraciones en los pubs de moda con los compañeros de afición. Recordar todo esto le emocionaba, pero no dejaba de sentirse incómodo. Parecía que una mirada penetrante tomaba su espalda. Incluso a veces miraba hacia atrás, pero no veía nada que se tornase extraño o amenazador.

—Mucho tiempo escribiendo género —pensó, y esto le sugestionaba fantasías a pie de calle. Una vez acabó de comprar los libros, se dirigió a un servicio de mensajería, donde realizó un envío para que fuese recibido cuanto antes. Cansado, tomó el camino de regreso a casa, después de dar tanta vuelta y haber cumplido los favores de su amigo.

Seguramente tendría que escribir por la noche para cumplir los plazos de entrega prometidos a su editor. Hacía tiempo que pensaba en retirarse, pero el trabajo era como una droga, moriría con un lápiz en la mano como todo artista, con las botas puestas. Se imaginaba a su dichoso editor poniendo el grito en el cielo, chillando amargamente, de rodillas llorando para que no se fuese.

Quizá algún día lo haría para mofarse de esa sanguijuela.

Mientras, para no perder mucho tiempo, se preparó un frugal almuerzo. Además, del inseparable lápiz y papel, utilizaba un ordenador con procesador de textos, pero él era de la vieja escuela, le gustaba sentir el contacto físico, ese roce del papel con la punta. Fluirla tinta como si fuese su sangre. Esperaba que a su amigo le gustase el libro de relatos que le había enviado con el resto, "DLS 44" era un compendio de historias fantásticas, que era todo un clásico.

Iba acompañado de una dedicatoria. No creía que le hiciese mal un poco de ciencia ficción en las noches solitarias del monasterio. En esto, oyó un ruido que procedía del salón, no creyó que fuese el gato, puesto que no tenía. Se levantó pesadamente de la silla, alejando la bandeja que tenía con los alimentos a medio probar y masticó el bocado que tenía en la boca.

«Alguna ventana estará algo abierta», pensó, insuflándose ánimos. No era un cobarde, pero había gente muy peligrosa por el mundo. Anduvo con cautela, por si acaso lo pillaban desprevenido.

—¿Qué pasa por ahí? —masculló.

Tomó la dirección del salón y, al llegar, no creía lo que veían sus ojos.

O era carnaval, estaba borracho o tenía unos admiradores bromistas.

Dos tipos con unos disfraces de diablos perfectamente maqueados le hacían compañía. Empezó a reírse a carcajadas por lo absurdo de la situación. Era demasiado a lo que llegaban los fans.

Los dos se miraron incrédulos ante la reacción del hombre y decidieron atacar. Con la sutilidad de un asesino, empezaron su juego.

—Eres un maldito chivato y es hora de que calles, pagando por ello.

El hombre se encontró de pronto con que aquella chanza no era de broma. Era real, muy real. Sus cuerpos velludos, las garras afiladas y sus colmillos mortales, afilados como escalpelos y una mirada encendida. No era broma. Su cabeza se colapsó y sufrió un shock. Antes de que se diese cuenta, ya tenía a ambos lados unos dientes succionando su néctar carmesí.

Una vez hubo servido de refresco, cada uno lo mantuvo en pie con una mano y con la otra le arrancaron el corazón, uno por delante y otro por detrás, para, acto seguido, comérselo agradeciendo este manjar a su señor.

—¡Oh, amo! Te damos gracias porque esta sangre es nuestra vida y el corazón nuestro cuerpo.

Una vez agradecidos, le cercenaron la cabeza, para después marcarle en la frente la cruz satánica y, acto seguido, tacharla en forma de negación; de esta manera suscribían su condición de ángeles rebeldes.

Jadeantes, borrachos de euforia por el acto que habían perpetrado, se cruzaron sus miradas y se dieron cuenta de que hacía mucho tiempo que no se amaban. Todos estos años pendientes de sumisión y no se andaban con pormenores como el de amarse.

Enfrascados en unos sentimientos de pasión irrefrenables, sus cuerpos exultaban adrenalina. El olor de la sangre los excitaba.

Sobraba tiempo suficiente para volver al hogar. La castidad era una constante y era cuestión de volverse a amar, sentir sus dos cuerpos

juntos en una vorágine de pasión y desenfreno. Recordar los viejos tiempos cuando eran dos inocentes diablos jugando en el campo de Hades. La inocencia a flor de piel. Todo eso ya pasó antes de que los mandasen aquí, al proclamarse furtivos del infierno y se unieran al Arcángel. Como una pareja cualquiera, buscaron un lecho donde yacer y copular en la intimidad.

Se olieron, se restregaron sus pechos lamiéndolos con avidez, para después olvidarse del mundo, porque se lo habían ganado hace mucho, mucho tiempo...

Luis de Díago era un motero de los de siempre, de esos que no se perdían una concentración aunque se cayese el mundo a pedazos.

Lo mismo daba que fuera de Pingüinos que de Elefantes. Ataviado con su mono de cuero, este inglés, pero de sentimiento cubano por todos los poros de su piel, contaba que sus padres emigraron a la fuerza y deambularon por los cuatro costados, acabando instalados en este país, donde nació él. Les gustó el clima y la tranquilidad y pensaron que sería perfecto para su hijo.

Moreno, de 1,70 m, con una cara un poco regordeta, ojos oscuros, mirada conciliadora y verborrea sin igual, en sus brazos descansaban sendos tatuajes, uno de ellos de un Ave Fénix y el otro un Unicornio que le hacían sentirse protegido y que le traían suerte, según él. Nunca fue un buen estudiante, aunque tenía facilidad como negociante, pero eso sí, cada vez que pasaba por un taller, el olor agasolina quemada le emocionaba. Sabía que eso era su vida y que le encantaría reunir dinero y montarse un taller allí, pero también reconocía que eso no tendría salida, se contentaba con visitar su tierra y con ser mensajero haciendo trabajos como este, urgentes, que eran bien pagados y le hacían sentir útil, sin contar la sensación de libertad que sentía al navegar por la carretera y oír el viento a su costado y sentir el aire en su cuerpo. El altruismo por naturaleza.

Corría millas este emisario postal por la fría calzada desconociendo que era una pieza clave para la salvación del mundo, llevando la esencia de la esperanza en forma de libro. Si alguien se lo dijera, lo tomaría por loco o por un bromista. Solo sentía el gélido aliento del clima en su ser, lo que le animó a acelerar la marcha para acabar su trabajo y sentar sus huesos en algún cálido bar, tomando una cerveza. Enfiló su 2'5 hacia la recta final, donde vio asomarse tímidamente la abadía. A medida que se acercaba, creyó ver a un hombre con un abrigo negro que se paseaba por los alrededores del lugar. Al llegar a su altura, le preguntó medio temblando de frío:

—Perdone, padre. Traigo un paquete para el Sr. Burton.

—No soy padre, pero sí Burton, si eso le ayuda —respondió.

—Sí, y mucho, tengo ganas de dejar este lugar y marcharme, no me gusta nada.

—Vaya con Dios y con prudencia —le decía mientras se marchaba.

Presa de la excitación, Harold se marchó corriendo a su cuarto, era como el Día de Reyes, cuando abríais los regalos. La curiosidad y la impaciencia eran todo uno.

Tras recluirse en su cuarto bajo llave, abrió el paquete, en el que aparecieron varios libros. Se sentó en la mesa y los dispuso de tal manera que los repartió uno al lado del otro. Tomó una libreta y una pluma y empezó a dilucidar qué pasaba con todo aquello. Huelga decir que el libro de relatos lo puso en la cabecera de la cama, con gran cariño. Por desgracia, no sabía que ese era el envío póstumo de su estimado amigo, que ya yacía con la cabeza por los suelos.

Primero empezó por el libro, que era el mismo que estaba en la biblioteca. Este sacaba algunas fotografías a color y someros detalles sobre la arquitectura del lugar, el cual, con el paso del tiempo, había sufrido algunas reformas, pero nada interesante en realidad.

Después tomó el otro libro sobre "Arte en las catedrales y abadías de Europa"; aparecía dicho título en grandes letras rojas, en un sobrio fondo negro. Una vez estudiado el índice, pasó a las páginas en cuestión, a aquellas que ansiaba. Y allí estaba el famoso cuadro que colgaba en el pequeño cuarto. Pero esta vez salía en el lado opuesto al que ahora estaba colgado. Algo no encajaba, no sabía a ciencia cierta el qué, pero había algo que no entendía.

Tras examinarlo a fondo, lo estudió, lo repasó y entonces, como una explosión de luz, comprendió lo que faltaba, la pieza que acababa de encajar.

Había estado delante de sus narices todo el tiempo, siempre, y no lo había visto hasta ahora.

Buscó el párrafo donde citaba algo del cuadro y lo halló: "y entonces el padre Francisco de Edaf encargó esta obra. A día de hoy no se sabe el porqué. Se desconoce la razón exacta, pero se cree que es una especie de señal, el anuncio de un acontecimiento inminente y terrible.

Quizás las plagas de la época como pestes, guerras, etc... Es un cuadro atípico por lo que representa, algunos sugieren que quizás estaba desequilibrado. Se supone que poco después de acabada la obra, desapareció. No se tiene constancia de su vida o muerte y casi parece

relegado a un maldito hereje..."Las páginas del libro expiaban su culpa descargando su conciencia, su maldito legado dándolo para que el mundo supiera cuán terrible verdad desencadenaba su saber. Un lúgubre mea culpa entonado en callado silencio en forma de papel mache.

Exhaustos los demonios, se revolvieron entre las mantas.

Consumado su acto, se miraron felices como unos novios en su primera cita. Uno de ellos bajó de forma saltarina la cama y fue hacia donde estaba la víctima. La cabeza del infeliz parecía un estallido de color carmesí. Los trozos de cerebro parecían peregrinos que se acercaban a la parroquia. El ser le pegó una fuerte patada que lo desgajó, acabando graciosamente debajo del sofá, en una postura mirando hacia arriba observando los muelles del mueble, como si estuviera reparándolo.

A cierta distancia yacía el cuerpo, se acercó grácilmente y le tomó la mano como si fuera a desposarse con él. La miró con tranquilidad y vio que en ella no había ningún símbolo. Este no era elegido, con lo cual seguía vivo. Con esta noticia se fue en busca de su compañero, para volver al monasterio.

Se sintió como un idiota; tenía la solución delante de sus narices y no la había hallado. Orgulloso como quien resuelve un difícil problema, se recostó sobre la silla y tomó fuerzas para ir al cuarto.

Pensó por un momento qué pasaría si se equivocaba y no estuviese en lo cierto. Tomó aire y marchó. Una vez abajo, se detuvo frente a la carcomida puerta, luego entró y se situó frente al cuadro que se erigía desafiante. En ese momento, mentalmente, lo cambió de dirección y, girando sobre sí mismo, observó la estancia. Después se acercó a la pared donde debía estar la obra y descubrió dos ganchos serrados y corroídos por el tiempo. El rompecabezas empezaba a encajar. Después se acercó a la pared que estaba enfrente de la puerta; tras la pintura asomaban aún los restos anteriores de la obra original, dio unos pasos hacia atrás y miró con atención donde se podía ver lo que hace mucho tiempo era una posible entrada. Una vez visto esto, se volvió a girar y miró donde se hallaba la entrada, que, aunque antigua, denotaba que era posterior a la edificación

original.

Una vez vistas todas las pruebas, decidió dar el toque final; apartó con sumo cuidado el lienzo y, tras él, apareció una ennegrecida puerta que también era posterior. Luego el cuadro, como suponía, era una representación de la habitación original y esta, siglos después, nos cuenta un hecho o una premonición. Volvió a dejar la obra en suposición inicial y salió fuera de la estancia, no sin medir mentalmente el ancho de la sala de pared a pared.

Después marchó al despacho y midió más o menos el tamaño.

En teoría, había los mismos metros de ancho de pared del altar que en las dos habitaciones. Descubrió que no era así, que en ese espacio había algo oculto desde hacía tiempo. Para cerciorarse, golpeó la pared, que sonó hueca, y observó que las baldosas tenían el dibujo cortado; por lo tanto, esa pared era también posterior. Una vez comprobado todo, salió a esperar a que anocheciera, porque ahora no era el mejor momento para empezar a investigarlo que allí se hallaba.

Volvió a su cuarto, se cerró con llave y se cambió de ropa; guardó ordenadamente esta en el armario, sacó el pijama y se lo puso. Recostándose en la cama, buscó el libro de su amigo. Este tenía unas coloridas tapas con unas inquietantes letras en la portada. Tras observar el rutilante título, empezó a leer uno de los relatos.

Abrió el libro con gran curiosidad y se estiró totalmente en la cama, de tal forma que buscaba la postura más cómoda para seguirla lectura, mientras se rascaba el vientre de tal manera que parecía una bandada de pulgas hubiesen entrado en el cuarto. Pretendía permanecer despierto, hasta una hora tardía, y no caer rendido por el sueño.

LA ESTRELLA DE ZALDIVAR

La mansión era grande, inmensa, de estilo victoriano, bella en sus formas y en su extensión. Con sus ventanales blancos y unas puertas de madera maciza, allí, en lo alto de la colina, dominando toda la ciudad. Quizás con el tiempo había quedado un poco vetusta y algo anticuada, pero en realidad seguía teniendo cierto encanto. Los jardines que la rodeaban eran frondosos, verdaderos vergeles, llenos de vegetación, en la cual los pájaros cantaban y el rocío inundaba cada flor de dicha finca; todo parecía un verdadero paraíso.

Mientras tanto, su morador, un hombre viejo y achacoso, surcado de arrugas y con el pelo encanecido, observaba por la ventana dicho paisaje,

pensando en cómo podía haber acabado así a sus treinta y tantos años.

Él, que lo tenía todo en la vida, era demasiado joven para tener ese destino. No quería ser un recuerdo más de esa casa, no se resignaba a ello. Aquella en la cual sus antepasados habían vivido y muerto. Que había sido heredada por cada uno de sus ancestros. Las gentes del lugar comentaban que era muy vieja y que los dueños la construyeron con sus manos y, además, se contaban extrañas historias de ella y de todos sus moradores, quienes habían viajado por todo el mundo recogiendo mitos y cultos de todo tipo de pueblos y culturas, quizás en busca de sabiduría o de eternidad, quién sabe.

Pero eso no importaba; ahora lo que ansiaba era vivir. Siempre pensó que engañaría a la muerte, que él no sería víctima de la guadaña; un ser inmortal navegando de siglo en siglo.

Pero aquella enfermedad le estaba consumiendo cada hora, cada minuto, haciéndole más viejo y decrepito. Quizás no vivirá ni un año, ni un mes o ni un día más. Recorrió las estancias con paso cansino, respirando el rancio olor a antigüedad que había en cada sala. Era tarde y se acercó a la biblioteca a observar como los amarillentos libros dormían el sueño de los justos, amontonados en las estanterías.

Los miraba, esperaba que gritasen una respuesta a su enigma.

De pronto, reparó en un viejo libro, tan viejo que sus páginas se caían en pedazos. Lo tomó con tanto cuidado y cariño que parecía que lo iba a mecer como un niño. Aspiró el aroma de intemporalidad que emanaba.

Debía ser de algún contemporáneo del Necronomicron o similar.

En él había signos y simbologías de lo más curiosas. Hace siglos, ese libro debía suponer la condena por brujo. Seguramente existían pocos libros como este o quizás solo este. Observó en un pasaje escrito en latín una parte de cómo ser eterno en un mundo terrenal. Vio dibujado un pentagrama y, en cada una de sus puntas, había un símbolo que protegía a un Viajero del tiempo. Vida, sueño, destino, muerte y tiempo. Entonces observó que en el suelo, debajo de la alfombra, asomaba una pequeña punta. Temeroso, la levantó y vio el mismo dibujo tallado en el suelo.

Quizás solo tendría una oportunidad.

Al día siguiente se levantó como movido por una energía nueva y decidió bajar a la ciudad a comprar algunas cosas, entre ellas platapura, unas cuantas onzas, un punzón, un martillo, guata y terciopelo, además de pequeños elementos de fundición. Fundió el metal e hizo una pequeña esfera en su interior. Una vez acabado, y ya casi sin fuerzas, subió su

trabajo y lo depositó en el centro de la esfera, preparándose para dormir.

Al día siguiente, habilitó la biblioteca para que, si llegaba el último suspiro, estuviera allí. Pasó el tiempo; días y meses. Y una tarde se empezó a sentir mal, muy mal; se ahogaba y su cuerpo no respondía. Se sintió lleno de espasmos y toda su vida pasó en un minuto.

Miró por última vez el sol y expiró, un halo blanco salió de su cuerpo y, en vez de subir hacia el éter, fue atraído como un imán por un receptáculo redondo.

Efectivamente, ahora tenía la sensación de ser eterno, ya que jamás saldría de allí, confinado por los siglos de los siglos, haciendo compañía a sus antepasados, que también habitaban en otras sendas bolitas. Y es que no observó que, al retirar la alfombra, unas canicas plateadas fueron a parar debajo del sillón. Ahora toda la familia estaría junta para siempre.

FIN

Al terminar de leer el relato, dejó el libro y se durmió, derregado, presa del cansancio, en tal estado, fruto de las emociones vividas, empezó a soñar...

Corre el año 1500 de nuestro Señor en la biblioteca de la abadía, el padre Francisco está copiando un libro. Es la primera copia que hace de este, ya que no existe ninguna otra. Está apenado, ya que hace poco ha muerto el padre José, el encargado de ser el copista, hombre al que tenía en gran estima. Además, su tristeza es mayor dadas las extrañas circunstancias que encierran su muerte. Hace calor y por eso ha traído un vaso de agua con limón, para aplacar en lo posible el tiempo tan bochornoso.

En un momento de debilidad, derrama sin querer el agua en el manuscrito. Son los nervios por tan duro golpe. Cuál es su sorpresa al ver que en la parte afectada aparece algo escrito: "... y vendrán tiempos oscuros en los cuales habrá una guerra divina entre ángeles y demonios. Y Lucifer hará aliados terrenales, con los nuestros, los cuales hará suyos; en los que más confiemos y en las almas puras de hombres santos hará presa y pudrirá a ángeles en el cielo..." Temeroso, lleno de miedo, se dio cuenta del día que era, venía Pierre de Castelnau, inquisidor católico, temido y odiado a partes iguales.

El padre bajó corriendo a buscar al superior, máxima autoridad de la abadía. Nada más verlo empezó a gritar:

—¡Ya viene, ya viene!

Pero es demasiado tarde. Su rostro se congela. Ya están los dos juntos, con dos caballeros de muy temerosa apariencia. Todos se quedan mirando al recién llegado y el inquisidor, con su voz cavernosa, afirma:

—Es cierto ya he venido y todo ha comenzado. El principio del fin se acerca y tú no podrás evitarlo.

El joven despertó entre sudores fríos; este sueño no supo si tomarlo como una señal o como producto de su imaginación, sugestionado por muchos factores. Mientras intentaba reponerse, notó en la habitación un frío anormal. Cuando se levantó de la cama para recoger la manta y taparse mejor, vio algo.

No daba crédito a sus ojos; justo enfrente de él, se hallaba un espectro muy luminoso. Se pellizcó para intentar dilucidar si era parte del sueño o era real. Era una especie de monje con un aura a su alrededor; aparentemente no parecía peligroso, al contrario, casi le confortaba, hasta que no estuvo más cerca de él, no vio que era la figura del cuadro.

Incluso al pensar esto, el ente asintió dándole la razón. Después de esto, aquel fantasma se puso a su misma altura y le habló con unavoz que sonaba ahogada:

-Tú tienes el poder y la clave para acabar con esta amenaza. Has descubierto la verdad, como yo lo hice. Pero para mí fue tarde. Anda y no dudes, y que el Divino sea contigo. Ten fe.

Acto seguido, el ánima desapareció, dejando boquiabierto al muchacho.

No sabía qué hacer y qué pensar; cuál es la realidad y cuál la ficción. De pronto, sin dudar, se incorporó, se vistió y decidió desentrañar todo este galimatías que, por cierto, le tenía bastante mosqueado. Bajó a la iglesia. La noche era fría, cerrada y oscura. Sin embargo, el frío no era ningún acicate para amedrentarlo. Antes de marchar, tomó una canica de plata, por si acaso; era un viejo truco que había aprendido hacía tiempo. Y pensó que quizás le fuese útil en esta ocasión.

Se detuvo ante la puerta y respiró hondo; se sentía como cuando era pequeño y veía aquellas películas de terror clásicas y salía corriendo para esconderse debajo de la cama. Ya había apartado el cuadro e intentó abrir la puerta; como pensaba, estaba cerrada, pero esto no iba a ser un impedimento para ir a por todas. Tensó su cuerpo y pegó un fuerte golpe

que hizo saltar el pestillo de la puerta.

Después del crujido se quedó quieto, y la puerta se abrió lentamente con un horroroso chirrido, como si fuera un animal en celo. Buscó un interruptor y, al hallarlo, lo accionó. A simple vista, no había allí más que una trampilla. Antes de nada cerró la puerta de un golpe seco y tomó la canica del bolsillo; la puso delante de la puerta, para después abrir con gran sigilo la trampilla. El silencio era total y tan solo su respiración hacía que sus oídos percibieran algún sonido.

Una vez abierta la puerta, aparecieron unos viejos escalones, tallados en la roca, que se perdían en la oscuridad y bajaban a lo desconocido.

La planta inferior era una gruta excavada en la piedra y con algunas paredes de adobe, donde se notaban ronchones de humedad.

Notó en el fondo de la oscura estancia que pequeños detalles luminosos le daban un aire tétrico. Vio que aquel sitio era circular y que existían una especie de criptas con un número al lado de cada una; sabía que en algunos monasterios se hacían filas de doce monjes, igual que los números de los apóstoles. Pudiendo haber una, dos o más filas, pero siempre con múltiplos de doce. Gracias a aquellas luces podía ver mejor donde se hallaba. Pensó que era la boca del diablo. Lentamente, a medida que sus ojos se acostumbraban a aquella oscuridad, percibió en una de las paredes el retrato de una persona. Se acercó para verlo mejor y descubrió que no era un retrato, sino un hombre. No pudo reprimir un grito de terror; era el monje que se le apareció en el sueño y en el cuadro.

Estaba emparedado y momificado, en su cara un rictus de terror latente, sus facciones desencajadas como si sufriese por toda la eternidad, sus vestimentas roídas por el tiempo. Parecía llorar su maldición en tan solitario cubil. A pesar de todo, aún imponía tal visión. A sus pies, un pentagrama demoníaco y una de las estrellas con una punta abierta; no entendía mucho, pero si era lo que creía, su alma no iría con Dios, estaría siempre confinado en el Infierno del Pentagrama.

Tal imagen le parecía repugnante, pero en su cabeza nació una idea, la idea de liberarlo. Recorrió aquel agujero en busca de una herramienta que le ayudase en su labor. Mientras lo inspeccionaba, halló una cosa que le llamó poderosamente la atención; en otro pentagrama, tallado en el suelo, había una extraña piedra runa, con desconocidos caracteres.

Estos no le sonaban, no es que fuese un erudito en lenguas, pero nunca vio estos símbolos. La piedra tenía forma cónica y no acertaba qué material la componía. A su alrededor, unas misteriosas urnas cinceladas y repujadas se disponían en círculo, en cuyo interior se formaban unas extrañas luces, que daban una fantasmagórica visión al lugar. No pudo

precisar qué eran aquellas luces, aunque temió imaginárselo.

Enfurecido, tomó los recipientes y los empezó a estrellar contra la pared, a la vez que gritaba:

—¡Libres!, isois libres!.

Una vez dicho esto, tomó algunos receptáculos destrozados y los utilizó como una rudimentaria espátula para liberar a la momia, que tardó un rato en caer al suelo y deshacerse en pedazos. Sacó los restos del suelo fuera del círculo y le dedicó un responso, para después subir las escaleras y coger la canica. Acto seguido, marchó corriendo hasta su cuarto, donde llegó exhausto.

Por la mañana, los rayos del sol arañaban tímidamente la ventana bañando su cara, algunas nubes se aproximaban y tapaban la luz durante breves momentos, lo que le hacía presagiar un día nublado y con nieve. Un hombre se desperezaba alegremente en la cama. Feliz por la acción conseguida, había jugado su baza y ganó la partida. Lentamente, se levantó de la cama y recordó que hoy era la reunión con todos los novicios para empezar el curso. Conocerse mejor y, pensó, qué mejor lugar que este para crear nuevas amistades y en una excursión, donde afloran los sentimientos de camaradería y unidad. Visto pues el orden del día, se aseó y bajó al comedor.

Tras un desayuno rápido, de leche con bollería, se reunió con los demás jóvenes en la entrada para iniciar la marcha. No le fue difícil hacer amistad con los presentes, ya que todos eran muy dados a relacionarse y también se notaba que eran gente afable y humana. Él estaba contento en aquella compañía tan buena y, aunque hacía algo de frío, el calor humano que se detectaba era increíble. Lo único que no le gustaba mucho era que estuvieran aquellos dos hombres que tanto temía. Ambos se hallaban con el padre mayor.

Siguieron andando hasta el mediodía y decidieron parar en la cumbre de un pequeño monte. Allí el panorama era sobrecogedor; desde esa atalaya se divisaban todos los alrededores, por ser el punto más alto.

Uno de los secuaces se acercó al padre y le informó de lo sucedido la noche anterior. Este, al enterarse, frunció el ceño y le dijo:

—Vamos a eliminar este problema de una vez por todas, ya sabemos quién es el culpable. Después irás al centro de recogida a vigilar a nuestros donantes.

Dicho esto, se giró hacia el grupo y les conminó a que le prestasen

atención.

Una vez en silencio, les habló:

—Mis queridos novicios; ¡mucho se ha hablado del demonio! Pues bien, hoy tenemos a dos expertos en la materia que os van a ayudar en todo lo necesario para que llegéis a conseguir vuestro fin y redimáis vuestras almas.

Mientras decía esto, los dos tipos se tocaron la cruz de plata que llevaban en el pecho y se la invirtieron; al hacerlo, su ropaje se volvió carmesí y sus rostros se llenaron de símbolos demoníacos, sus ojos se encendieron y un fuego infernal convirtió en piras a todos en una inmolación colectiva.

Por la deflagración, Harold cayó al vacío, medio atontado y con algunas heridas; no le dio tiempo a pensar que era su final. Ni siquiera se dio cuenta, mientras cruzaba el cielo a gran velocidad, que una sombra lo recogía y lo dejaba suavemente en el suelo.

Mientras el padre, orgulloso de su obra, clamaba a sus víctimas que, gracias a su acción, eran mártires por la causa.

Cumpliendo su objetivo de servir a la iglesia. No como ellos querían, pero, como se suele decir, nada es perfecto. Los dos siervos tomaban de los restos calcinados su adorado tesoro: almas puras e inmaculadas que servirían para imponer un nuevo orden y colocar a su amo en la cima, en lo más alto, de donde fue injustamente expulsado. El hombre permaneció acurrucado en el eterno paisaje que se extendía a lo largo de la llanura.

Encogido y amedrentado, se movía, en aquel recóndito espacio, con frágiles movimientos, apenas perceptibles por los demás mortales, como si lo hubieran abandonado a su suerte; yacía medio incorporado. Mientras arrancaba jirones a la madre tierra y se los echaba sobre la cabeza, dos surcos húmedos corrían locamente por sus mejillas. Clamando al cielo, lloraba, con tan amarga actitud que las nubes no osaban interrumpir tan dramática escena. El silencio fue roto por los amargos lamentos de su dueño y el tiempo seguía recogido en tan yermo paraje. Realizó el mismo ritual, monótono y repetitivo, indefinidamente, hasta que el viento voló los últimos granos que quedaban a su alrededor. Cansado, se echó y se durmió, teniendo el suelo por manta y el cielo por techo, entregándose al más hermoso de los sueños, el de la libertad, creyéndose libre como un pájaro morador del mundo, lleno de colores y de hermosos cantos, mensajero de buenas nuevas.

Esto le confortó, porque se vio tocado por todos los dones maravillosos que la diosa fortuna podía colmar a todo mortal, más no duró mucho tal alegría, porque fue asaltado por una negra oscuridad que nada bueno hacía presagiar. Atormentado, su cuerpo se levantó y echó a correr,

creyendo ver a los amos de su triste vida; el sostenimiento de su imperio gracias a frágiles suspiros como él, anónimos seres que la historia se encargaba de borrar, meras comparsas de su némesis. La noche cayó con todo su rigor, el frío encumbró las más altas cotas y los pequeños sitios de aquel inhóspito lugar.

Volvió a dormir y a perderse en el extraño mundo de Morfeo, esperando la vuelta al mundo civilizado. Una vez llegado el crepúsculo, se levantó, miró a su alrededor y no se sintió amenazado.

El sol por la espalda y una vida por delante le esperaban; sabiendo esto, aceleró la marcha.

Mientras caminaba, sintió un dolor tan fuerte que sentía que la vida se arrastraba fuera de su cuerpo. Cayó de manera tan vehemente que parecía que pedía perdón por sus pecados.

Lloró, gimoteó, suplicó y bramó, pero todo fue en vano; sabía que su fin se acercaba. La incomprensión y la tristeza se apoderaron de él. Tantas cosas se perdían, tan buenos momentos que no llegarían a suceder, como expresar la impotencia ante un gesto que no admitía más demora.

Y allí quedó, tendido como un odre vacío. Nadie sabría de su existencia ni recordaría su nombre. Era carnaza para los carroñeros.

Su ser se perdía en una espiral.

Era un viaje que no realizaba solo, le acompañaban un millón de rostros anónimos perdidos en tristes sueños de invierno, una funebre comitiva desorientada en el éter de la locura, en un destino marcado.

Se hallaba ante una torre labrada de oro y plata, como un faro en la oscuridad que guiaba al viajero. Gastada por el tiempo, yacía como un extraño en un vetusto puente, debiendo delimitar el insólito territorio de la vida y la muerte. Cuántas historias permanecerán en sus mudas paredes. Entre las brumas, vio un gran portón abierto; era enorme, repujado en madera y con grandes figuras que simbolizaban raras formas que no llegaba a comprender, como si guardasen grandes secretos que nunca tuviesen que ser vistos por ningún mortal. Mientras, se dio cuenta de que, al mirarse, su cuerpo era transparente y purpúreo, siendo su interior un gran corazón vaporoso. Más no solo fue esto lo que le asustó, también el enorme estruendo que hizo la puerta al abrirse. Miró a los dos gigantescos guardianes de piedra que vigilaban a cada lado, con sus inmensas garrochas, observando a los que entraban en ella. Asustado, la atravesó y empezó a subir aquellas desgastadas escaleras. Alcanzado el primer piso, se sintió cansado, como si diez años de su vida hubiesen sucedido. Prosiguió la misma operación en la segunda planta. Estaba sin resuello, se paraba a recuperar el aliento; en ese compás de tiempo, observó un

ventanal que le devolvía la mirada de exterior; lo miró y, sin pensarlo dos veces, salió en estampida hacia él; saltó, lo atravesó, rompiéndose su cuerpo en mil pedazos, cayendo su aura entre el brumoso vacío.

El orondo hombre se hallaba recostado en su silla, la cual crujía como si le doliesen todas las maderas del cuerpo. A él parecía no importarle demasiado el monótono sainete que este producía, ya que silbaba acompasando el chirrido.

Mientras, en sus babosas fauces, un húmedo cigarrillo languidecía como una solterona en una terraza. La ceniza, arriesgada funambulista, asomaba peligrosamente, como no queriendo acabar estrellada en el duro suelo del cenicero y quedar esparcida en minúsculos pedazos. Soltó el aire hastiado y miró al techo como orondo. Acto seguido, se abalanzó sobre la mesa de forma aparatosa, lo que hizo que la ceniza tuviese un triste final.

Limpio la mesa con su arrugada mano, maldiciendo a la vez quedaba aspavientos enérgicos para delante y para atrás.

Sus ojos cansados por la vida dura que le tocó vivir estaban semicerrados, intentando buscar un oasis de paz en aquel sitio de locos. Peinó con apenada actitud su mata de pelo cano y se volvió a recostar. Su padre fue policía, como él, y se pasó cincuenta años en el cuerpo patrullando de aquí para allá, terminando con una miserable pensión y un reloj con baño de oro de ínfima calidad. Toda su vida en la calle jugándose la piel, con el coche celular de día y de noche, dedicación plena sin ver a su mujer ni a sus hijos. Y recibió como reconocimiento un triste obsequio a su impagable labor. Por eso él se quedó soltero, aunque, la verdad, tampoco llevaba mejor carrera.

Nunca pensó en casarse porque, para no ver a su mujer, prefirió vivir solo. El teléfono empezó a sonar de tal manera que le dieron ganas de asestarle un manotazo. Pero, como no podía, tomó el auricular de mala gana y contestó. Era un patrullero que acababa de encontrar un cuerpo cerca de la abadía, posiblemente muerto. La ambulancia ya estaba en camino. Levantó su gordo culo de la silla, se encasquetó el sombrero y marchó pesadamente en dirección al lugar.

Mientras soltaba improperios maldiciendo a todos y cada uno de los que se ponían a su alcance, tomó a uno de los nuevos y se montaron juntos en el coche, partiendo raudos a donde estaba el infeliz.

Seguía nevando, cosa que odiaba, ya que lo tapaba todo y escondía posibles pruebas, además de entorpecer su labor. Volvió a maldecir al

tiempo, al coche y a toda la policía, incluida su pensión.

Por fin llegaron al sitio; bajó del coche resoplando de frío, así que se subió su grueso abrigo hasta las orejas. Allí estaba, como un muñeco roto, en una posición grotesca mirando al cielo. Los equipo sde reanimación intentaban todo lo posible para que recuperase la consciencia, pero tenía hipotermia y estaba congelado. El médico miró con gesto negativo a sus acompañantes y llamó a los camilleros, para que lo llevaran al tanatorio. Dos hombres tomaron una camilla, lo recogieron con cuidado y lo introdujeron en ella, después de colocarle una sábana térmica. Acto seguido, el ulular de la ambulancia sonó en todo los alrededores a la vez que marchaba.

El policía se quedó observando el lugar y marchó a la abadía con intención de buscar respuestas a todas las incógnitas que se formaban en su cabeza. Silbó a su acompañante de una forma tan significativa que hizo que el otro lo mirase y fuese a su vera y se sentase al volante para partir. El coche tosió roncamente y, haciendo un esfuerzo, puso en marcha su mecánico cuerpo. Tenía metido el frío en todas partes y no sabía cómo sacudírselo.

Odiaba el invierno, no sabía si por el tiempo o porque le recordaba lo envejecido que estaba. Asomó, delante del parabrisas, el sagrado lugar parecía ajeno al paso del tiempo. Aminoraron la marcha. Pararon el coche, del que bajó el oficial, harto de tanto rodeo; subió los escalones, se detuvo para tomar aire y llamó después a la puerta, rogando que la suerte le acompañase y le diesen datos concretos para cerrar el caso. Un monje apareció y le saludó amablemente, preguntando qué se le ofrecía a la autoridad. El oficial quiso saber si conocían o sabían de alguien que había desaparecido, ya que habían encontrado un cuerpo cerca de allí. El religioso puso cara de sorpresa y acto seguido negó todo; no sabía nada de nada.